

Israel, el antisemitismo y el expresidente James Carter

MARIANO AGUIRRE *

“¿Cómo es posible que este hombre llegase a ser Presidente de los Estados Unidos?”, se interroga el *New York Post* (de la cadena de Robert Murdoch) en un Editorial. “Ha pasado –continúa– de ser un presidente fallido a un amigo de los tiranos de izquierda y castigador global de cualquier cosa que represente los legítimos intereses de América”. La acusación se completa: “asesor de relaciones públicas del fallecido Yaser Arafat, “demonizador de Israel”, y alguien que disculpa los “asesinatos masivos”. Este hombre “ha cruzado el límite”, dice el NYP, y pide al Partido Demócrata que critique todo lo que dice James Carter (1).

El ex presidente de Estados Unidos afirma en su último libro que si continúa la ocupación represiva en Gaza y Cisjordania, y si Israel no accede a negociar para que exista un Estado palestino, podría llegarse a una situación parecida a la del *Apartheid* sudafricano “con dos pueblos ocupando la misma tierra pero completamente separados uno de otro, con los israelíes en posición dominante y privando a los palestinos de sus derechos humanos básicos de forma represiva y violenta”. La respuesta de la *Anti-Difamation League* ha sido publicar anuncios en diversos periódicos acusándolo de antisemita.

Aunque Carter ha aclarado que se refiere al impacto sobre Palestina y no a la democracia israelí, la comparación ha provocado airadas críticas de una parte de la comunidad judía estadounidense que identifican toda crítica de las políticas israelíes con antisemitismo. El efecto fue inmediato: el Partido Demócrata ha oído el consejo del *New York Post* y tanto Howard Dean, Presidente del Partido, como Nancy Pelosi, la líder de los demócratas en el Congreso, se han distanciado de Carter.

Los lectores no piensan lo mismo: tres meses después de su aparición, el libro continúa siendo un éxito de ventas. Henry Siegman, analista judío estadounidense y director del *US Middle East Project*, indica que el libro de Carter es una obra decente y sin grandes novedades pero que el pánico que ha generado entre los Demócratas “revela la ignorancia que el sistema político estadounidense, tanto demócrata como republicano, tiene acerca del conflicto palestino-israelí” (2).

Carter logró acercar las posiciones de Israel y Egipto para firmar el Acuerdo de Camp David (1979) sobre la retirada de las fuerzas israelíes de la Península del Sinaí. En el libro hace recuento de sus memorias de viajes y contactos con líderes de la región hace treinta años, presenta una explicación didáctica del conflicto y realiza una recopilación equilibrada de las propuestas que existen para alcanzar la paz entre palestinos e israelíes, contando cada uno con su Estado, y estos últimos con suficientes seguridades. Leído sin prejuicios, el libro es crítico de las políticas de Israel pero no está en contra de ese país, como quieren mostrar sus detractores.

Carter sugiere que mientras continúen políticas represivas de Israel habrá terrorismo, algo escandaloso en la era de la “guerra contra el terror”. Pero además, afirma que “la colonización y el continuo control de las tierras palestinas por parte de Israel han sido los principales obstáculos para alcanzar un acuerdo de paz amplio en Tierra Santa”. Sin olvidar sus críticas al terrorismo palestino (aunque no le parece suficiente para algún crítico del *New York Times*) (3), indica que desde el Acuerdo de Camp David han sido los gobiernos de Israel los que más han obstaculizado la paz. De hecho, relata que el Primer Ministro Begin fue el primero en negarse a que las otras previsiones del Acuerdo de Camp David se cumplieren. O sea, respetar las Resoluciones 242 y 338 de la ONU que prohíben apoderarse de territorio por la fuerza, la retirada israelí de Cisjordania y Gaza, y “el reconocimiento del pueblo palestino como una entidad política diferente con el derecho a determinar su futuro”.

Más aún, coincide con los análisis según los cuales, en las negociaciones entre Bill Clinton, el entonces primer ministro israelí

lí Ehud Barak y el presidente Yaser Arafat (24 de julio de 2001), no hubo una oferta concreta a Arafat para contar con un Estado palestino y que, por lo tanto, sería falso que el Presidente palestino bloquease la negociación, perdiendo así una gran oportunidad. El entonces enviado especial de Clinton para Oriente Próximo, Dennis Ross, criticó a Carter por aceptar este supuesto que otros analistas, sin embargo, también lo sostienen (4).

Las críticas no acaban ahí. Carter piensa que “hay un sentimiento generalizado en el mundo árabe y a lo largo de Europa, que sin embargo ni se nota en Estados Unidos, sobre que nuestro Gobierno no le está dando ninguna consideración (...) al sufrimiento de los palestinos. Y no es preciso ser anti Israel para proteger los derechos de los palestinos a vivir en su propia tierra y en paz sin estar sojuzgados por una potencia ocupante” (5).

Si bien estas afirmaciones son comunes en Europa y el mundo árabe, en Estados Unidos son menos frecuentes. El ex presidente y director del *Carter Center* para la resolución de conflictos, dice que el gobierno de George W. Bush Jr. ha abandonado a los palestinos a su suerte y que Israel bloquea los acuerdos posibles. La negativa de los gobiernos de Bush y Olmert a negociar con un gobierno de coalición de Fatah y Hamas en marzo de 2007 es una dramática confirmación de esta verdad.

Respecto del *Apartheid*, Carter se reafirma en su posición. En una entrevista afirmó: “La alternativa a la paz es el *Apartheid*, no dentro de Israel, para repetirme, sino en Cisjordania, Gaza y Jerusalén Este, el territorio palestino. Y ahí el *Apartheid* existe en su forma más despreciable, los palestinos están privados de sus derechos humanos básicos” (6). Frente a esto, Carter insiste en tres condiciones para alcanzar la paz en la región: garantías para la seguridad del Estado de Israel, fin de la violencia de los palestinos, y el reconocimiento por parte de Israel de los derechos de los palestinos a contar con un estado de acuerdo con las fronteras previas a 1967.

Lo que Carter cuenta y las críticas que hace a Israel y Estados Unidos, están más detalladas en el reciente libro del estadounidense de origen palestino Rashid Khalidi, quien también ha recibido ataques sistemáticos desde que en 2003 la Universidad de Columbia le otorgase la Cátedra Edward Said y la dirección del Instituto de Estudios sobre Oriente Próximo de este centro académico (7). Khalidi ha descrito en sus últimos libros la relación entre el concepto imperial de las relaciones de Estados Unidos con Oriente Próximo y la forma en que Israel y Washington han impedido la formación de un Estado palestino (8). En 2004 el *New York Post* le acusó de antisemita e insinuó que gobiernos árabes financian la Cátedra Edward Said.

El acoso que sufre Khalidi es una práctica cada vez más frecuente en los *campus* universitarios de Estados Unidos. Diversas organizaciones, algunas de ellas de estudiantes, se ocupan de rastrear qué dicen y hacen profesores calificados de “antisemitas”, como es el caso de Khalidi, y de acusarlos e inclusive hacer pelúculas de denuncias sobre ellos. El grupo de Boston llamado *David Project. Center for Jewish Leadership* realizó en 2004 una película sobre los supuestos acosos académicos y políticos de los profesores Joseph Massal y George Saliba, de Columbia, a estudiantes judíos (9). En su website, hay una selección de más de 30 artículos críticos del libro de Carter (10). Existen también grupos y sitios webs que se ocupan de analizar el trabajo de grupos de derechos humanos y fundaciones de Estados Unidos para denunciar lo que consideran políticas antisemitas o apoyos económicos a organizaciones palestinas.

Unos meses después, el académico británico de origen judío Tony Judt, director del *Remarque Institute* de estudios europeos (*New York University*), se encontró con una campaña en su contra por sus ideas “antisemitas” dado que había propugnado que la única solución al conflicto es un Estado israelí-palestino que integre a dos naciones (11). Judt mantuvo posiciones pro-israelíes en su juventud y es considerado un traidor. En octubre de 2006 el consulado polaco en Nueva York recibió presiones de la *Antidifamation League* para cancelar una conferencia que iba a dictar Judt. La cancelación generó una áspera polémica (12). Judt escribió en

un periódico liberal israelí indicando que Israel hunde su futuro si continúa con la ocupación represiva de Palestina (13).

Una crítica ajustada del libro de Jimmy Carter es la de Joseph Lelyveld, hasta muy recientemente Director Ejecutivo del *New York Times* y ex corresponsal en Sudáfrica. En un extenso artículo, Lelyveld considera que Carter utilizó el concepto de *Apartheid* para aplicarlo a Israel en Palestina de forma restrictiva ya que lo limita a la separación de los israelíes de los palestinos y la apropiación de tierras. Sin embargo, el problema es todavía más grave, y las similitudes entre el *Apartheid* y el sistema israelí son mayores.

Lelyveld argumenta, comparando las situaciones, que proporcionalmente Israel se ha apropiado de tanta tierra como lo hizo el régimen racista de Sudáfrica. El *Apartheid* tenía un complejo sistema de permisos para regular el movimiento de las personas según el *status* legal. Israel está imponiendo un régimen similar para limitar el movimiento de los palestinos y clasificarlos.

El corresponsal del diario británico *The Guardian*, Chris McGreal, indica: “Hay pocos lugares en el mundo en los que los gobiernos construyen una red de leyes sobre nacionalidades y residencias diseñadas para ser usadas por una parte de la población contra otra. La Sudáfrica del *Apartheid* fue una. Israel es otra” (14). Ronnie Kasrils, ministro sudafricano de origen judío, declaró durante una visita a Israel: “El *Apartheid* fue una extensión del proyecto colonial para desposeer a la gente de su tierras. Eso es exactamente lo que ha pasado en Israel y los territorios ocupados. El uso de la fuerza y la ley al servicio de acaparar la tierra. Eso es lo que el *Apartheid* e Israel tienen en común” (15).

Por otro lado, Israel ha construido un muro y un sistema de carreteras para unir trozos de tierra palestina de una forma que el *Apartheid* nunca lo hizo. De hecho, Carter ha indicado que la vida en Cisjordania puede ser para los palestinos “más opresiva” de lo que era para la población negra en Sudáfrica. Respecto a la economía, Israel depende cada vez menos de la población trabajadora palestina debido a los flujos migratorios de otros países. En el aspecto militar, la ocupación de Gaza y Cisjordania moviliza más efectivos de seguridad de los que desplegaba el régimen sudafricano. Por último, los colonos israelíes han ocupado la tierra palestina y, para asegurar su vida e infraestructuras, el Estado israelí despliega un sofisticado sistema de control sobre los palestinos (16).

Chris McGreal, fue también corresponsal del *Guardian* durante diez años en Sudáfrica. Las comparaciones que establece entre las formas de dominación israelí sobre los palestinos y las que tenía el *Apartheid* confirman las similitudes, tanto en los procedimientos de opresión como en el sufrimiento que se inflige. Los servicios públicos que ofrece la municipalidad de Jerusalén, por ejemplo, son muchas veces superiores para los israelíes que para los árabes que viven en la parte anexionada de la ciudad. Poco después de ser publicados los artículos en *The Guardian* sobre las comparaciones y acerca de las estrechas relaciones militares que

(1) Editorial, “Jimmy for Terror”, *New York Post*, 15 de enero de 2007.
 (2) Henry Siegman, “Hurricane Carter”, *The Nation*, 22 de enero de 2007. www.thenation.com
 (3) Ethan Bronner, “Jews, Arabs and Jimmy Carter”, *The New York Times*, 7 de enero de 2007.
 (4) Dennis Ross, “Don’t Play with Maps”, *The New York Times*, 9 de enero de 2007. Ver la tesis de que hubo muchas discusiones pero no una propuesta concreta en Hussein Agha and Robert Malley, “Camp David: the Tragedy of Errors”, *New York Review of Books*, 9 de agosto de 2001. <http://www.nybooks.com/articles/14380> Un análisis crítico de la oferta de Barak en Tanya Reinhart, *Israel-Palestina. How to End the War of 1948*, Seven Stories Press, New York, 2002, pp.30-60. Sobre este debate ver Alain Gresh, “La verdadera cara de Ehud Barak”, *Le monde diplomatique*, edición española, julio 2002.
 (5) Entrevista de Amy Goodman con Carter en el programa Democracy Now!, 30 de noviembre de 2006. Reproducida en <http://www.democracynow.org/article.pl?sid=06/11/30/1452225>
 (6) Entrevista con Goodman.
 (7) Rashid Khalidi, *The iron cage. The story of the Palestinian struggle for statehood*, Beacon Press, Boston, 2006.
 (8) Rashid Khalidi, *Resurrecting Empire*, Beacon Press, Boston, 2004.
 (9) “Mideast tensions are getting personal on campus at Columbia”, *The New York Times*, 18 de enero de 2005.
 (10) http://davidproject.org/index.php?option=com_content&task=blogcategory&id=0&Itemid=125
 (11) Tony Judt, “Israel: the alternative”, *The New York Review of Books* 23 de octubre de 2003.
 (12) Ver “The case of Tony Judt: an open letter to the ADL”, *The New York Review of Books*, 16 de noviembre de 2006, p.54.
 (13) Tony Judt, “The country that wouldn’t grow up”, *Haretz*, 18 de diciembre, 2006.
 (14) Chris McGreal, “Worlds Apart”, *The Guardian*, 6 de febrero de 2006. www.guardian.co.uk
 (15) Citado en *The Guardian*, 6-2-2006.
 (16) Joseph Lelyveld, “Jimmy Carter and Apartheid”, *The New York Review of Books*, 29 de marzo de 2007. www.nybooks.com/articles/1993

* Dirige el área de paz, seguridad y derechos humanos en la Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE), en Madrid. dirige el área de paz, seguridad y derechos humanos en la Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE), en Madrid.

existían entre el régimen del *Apartheid* e Israel, el *Committee for the Accuracy in Middle East Report in America* (CAMERA), le acusó de mentir y falsificar datos para deslegitimar a Israel (17).

La comparación permite ver, también, diferencias. En Sudáfrica la clasificación de las personas era racial mientras que en los territorios ocupados e Israel es “territorial” pero el resultado, como dice el profesor de Derecho Internacional John Dugard, es el mismo sobre “con quién te puedes casar, dónde puedes vivir, y dónde puedes ir al colegio o al hospital” (18). Por otra parte, Israel realiza constantemente un proceso de confiscación y apropiación de tierras palestinas a las que incorpora, mediante legislación adaptada para ese fin, a la nueva configuración del Estado israelí.

Un informe de la organización israelí *Peace Now* indica, basándose en un informe oficial, que el 32,4% de las propiedades que Israel ha ocupado en Cisjordania ya está en manos privadas. Esto significa que el Gobierno no está ocupando las tierras de forma transitoria o por razones de seguridad sino que se apropia y las entrega en propiedad. Revertir ese proceso sería en el futuro muy complejo (19).

En realidad, la acusación de que Israel está imponiendo un sistema similar al *Apartheid* es cada vez más frecuente en ese país por parte de críticos del Gobierno y organizaciones de derechos humanos. Con Daniel Seidemann, un valiente abogado israelí, que lleva años defendiendo a los palestinos usando las leyes israelíes, tuve la oportunidad de ver en 2004 desde una colina las formas de la ocupación en Jerusalén y comprobar la manera en que el gobierno israelí combina las apropiaciones con el Muro y el estímulo a la construcción en la parte Este de esa ciudad. También viajé entre 1999 y 2004 por Gaza, Cisjordania e Israel y entendí que a los palestinos se les impone un orden planificado y racista con el fin de perpetuar la dominación, o animarlos a que se marchen (20). Sin duda hay diferencias importantes de contexto, pero Israel tiene una política de segregación institucional basada en la ideología sionista que se asemeja al *Apartheid*.

La comparación entre el régimen del *Apartheid* sudafricano y la ocupación israelí de los territorios palestinos no es nueva. Diversos autores han explorado estos dos escenarios y también el de Irlanda del Norte. La Fundación socialdemócrata alemana Friedrich Ebert impulsó, por ejemplo, la investigación y publicación de tres estudios sobre el proceso de negociación y transición sudafricana y los aprendizajes que podrían extraerse para un proceso de paz en Palestina e Israel (21).

Desde otra perspectiva, parte de la élite política de Israel ha especulado en diversos momentos con expulsar o transferir a la población palestina. El actual vice primer ministro, Avigdor Lieberman, propugna la expulsión de los palestinos de los territorios ocupados y echar, también, a los ciudadanos árabes que tienen la nacionalidad israelí. Para muchos israelíes, indicar similitudes con el *Apartheid* tiene serias implicaciones porque los sitúa en una posición de dominio racial similar a la que sufrieron bajo el nazismo y porque sugiere que el mismo Estado de Israel sería ilegítimo. Israel, afirman, es un sistema democrático mientras que el *Apartheid* se basaba en el voto cualificado. A la vez, indican que la intención de Israel no es racista sino que busca establecer un territorio seguro para su población (22).

Ningún gobierno de Israel ha aceptado públicamente una voluntad racista. Sin embargo, investigaciones en Israel indican que desde 1948 ha habido una política de “limpieza étnica” que comenzó con la expulsión de 750 000 palestinos y que ha continuado con el asedio a los palestinos por diversos medios para que abandonen su lucha por un Estado y se marchen o acepten vivir en zonas aisladas, sometidos a una clasificación como ciudadanos de segunda categoría. Según esta interpretación, la retirada israelí de Gaza ha sido una forma de encierro para su población.

Uno de los exponentes de esta revisión histórica es Ilan Pappé quien considera que si “limpieza étnica” significa “la expulsión por la fuerza con el fin de homogeneizar a una población étnicamente mixta de una región o territorio particular”, y si “el propósito de esa expulsión es provocar la evacuación de la mayor cantidad posible de residentes, utilizando todos los medios a disposición del que expulsa”, entonces Israel ha practicado este procedimiento durante seis décadas. En su último y documentado libro, Pappé describe las formas represivas e institucionales que su país ha usado para desplazar a la población palestina y someterla como ciudadanos de segunda categoría (23).

El 20% de la población que vive en Israel es Palestina. En los últimos años ha habido una progresiva inquietud hacia el crecimiento demográfico árabe. Si se incluye a los palestinos que viven en los territorios ocupados, serán más que los israelíes dentro de quince años. Actualmente conviven 2,5 millones de palestinos

con seis millones de judíos en Israel, pero otros 2.5 millones viven en Gaza y zonas de Cisjordania que Israel quizá cederá.

La política que está llevando a cabo el gobierno de Olmert, según explica Pappé, consiste en anexionar territorios ocupados y, a la vez, dejar bajo control de los palestinos zonas restringidas en las que son mayoría. En definitiva: “apoderarse lo más que se pueda de Palestina con la menor cantidad de palestinos dentro” (24). El muro de 670 kilómetros tiene la función de consolidar esta política que otros autores también consideran que no es sólo una cuestión de seguridad sino de racismo que va a unida a un ascenso del discurso racista dentro de Israel (25).

Pappé considera que “el objetivo del proyecto Sionista ha sido siempre construir o defender a una fortaleza ‘blanca’ (Occidental) en un mundo ‘negro’ (Árabe). En el corazón del rechazo a permitir el derecho al retorno de los palestinos se encuentra el miedo de los israelíes judíos a ser superados en número por los árabes”. En este punto, Pappé establece la conexión con la élite sudafricana: “Un ejemplo reciente del mismo tipo de mentalidad de cerco, la encontramos en los colonos blancos en Sudáfrica durante el momento de auge del régimen del *Apartheid*” (26).

Esta situación es destructiva para los palestinos pero también para la sociedad israelí. Un artículo en la revista judía *Tikkun*, publicada en Estados Unidos, indica que los ideales del sionismo de crear un Estado que proveyera refugio a la comunidad judía en el mundo y que fuese un modelo de libertad se ha visto frustrado. “El sueño sionista se ha vuelto una pesadilla”, dice Jerome Slater, “en parte porque no hay sitio más inseguro para los israelíes que Israel y por el “pecado original” de haber desposeído de su tierra a los palestinos (27). ■

— Isaac Rabin en sus contradicciones —

JOSEPH ALGAZY *

En los libros de historia que traten del siglo pasado, se recordará al que fuera primer ministro de Israel Isaac Rabin, asesinado el 5 de noviembre de 1995 por un extremista judío que justificó su crimen por su voluntad de poner fin al proceso de paz palestino-israelí conocido bajo el nombre de “Acuerdos de Oslo”. Acuerdos que se habían puesto en marcha con la firma, el 13 de septiembre de 1993, de la declaración de principios palestino-israelíes, por la que el Estado de Israel y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) se reconocían mutuamente y se preveían cinco años de autonomía para Cisjordania y la Franja de Gaza, durante los cuales sería negociado un estatuto definitivo para estos territorios.

El autor de una reciente biografía de Rabin, el historiador Yossi Goldstein (1) no es el único en concluir: “Si Rabin no hubiera sido asesinado, los acuerdos de Oslo hubieran tenido éxito”. Tras su muerte, diversas fuentes afirmaron tanto en Israel como en el extranjero que Rabin había prometido a los presidentes sirio, Hafez Al-Assad, y norteamericano, William Clinton, responder afirmativamente a lo largo del mes de noviembre de 1995, a una propuesta que permitiera salir del *impasse* sirio-israelí: en efecto, portavoces discretos, indirectos y directos, trataban de resolver los diferentes contenciosos entre los dos Estados en guerra desde 1948.

Todavía hoy, casi doce años después del drama, la extrema derecha fascista expresa abiertamente la alegría que le produjo este asesinato y su simpatía hacia el asesino, para cuya liberación lleva a cabo una campaña mediática provocadora. Y muchos de los políticos “halcones” son prueba de una actitud hipócrita: en sus discursos, condenan el asesinato, pero no ocultan que la acusación de “traición” que ellos lanzaban entonces contra el primer ministro armó la mano del asesino. Rabin debió su carrera política —embajador de Israel en Washington, dirigente del partido Laborista, ministro de Defensa y Primer Ministro— a sus méritos de armas.

Durante la guerra de 1948, dirigió, *manu militari*, la evacuación de la mayoría de la población árabe palestina de las ciudades de Lydda (hoy Lod) y de Ramleh, en total setenta mil personas, es decir cerca de la décima parte del conjunto de expulsados de la Nakba (“catástrofe”, pérdida de Palestina). En la guerra de 1956, organizó de nuevo el éxodo forzado de millares de palestinos, esta vez de Galilea hacia Siria. En las vísperas de este conflicto, durante las deliberaciones del estado mayor del ejército israelí, Rabin había tomado posición a favor de acciones de *transfert*, es decir de expulsión de palestinos de su país.

Jefe de estado mayor en junio de 1967, dirigió la guerra contra Egipto, Siria y Jordania, que desembocó en la ocupación de

JIMMY CARTER,
Palestine. Peace not Apartheid, Simon & Schuster, Nueva York, 2006, 265 páginas.

RASHID KHALIDI,
The Iron Cage. The Story of the Palestinian Struggle for Statehood, Beacon Press, Boston, 2006, 279 pp.

ILAN PAPPÉ,
The Ethnic Cleansing of Palestine, Oneworld, Oxford, 2006, 313 pp.

YOSSI GOLDSTEIN,
Yitzhak Rabin, Biografía (en hebreo), Schocken, Tel Aviv, 2006, 590 pp.

JOHN MEARSHEIMER Y STEPHEN WALT
Le lobby pro-israélien et la politique étrangère américaine, La Découverte, París, 2007, 224 pp.

(17) CAMERA. 20 de febrero de 2006. http://www.camera.org/index.asp?x_context=2&x_outlet=69&x_article=1082

(18) Citado en McGreal.

(19) “West Bank Sites on Private Land, Data Shows”, *The New York Times*, 14 de marzo de 2007.

(20) La autora israelí Tanya Reinhart ve una fuerte similitud entre los Acuerdos de Oslo y el inicio del *Apartheid*, ya que condenaban a los palestinos a zonas determinadas al tiempo que Israel administraba sus recursos naturales y el empleo. En *Israel-Palestina. How to end the war of 1948*, Seven Stories Press, New York, 2002, pp. 236-243.

(21) Yair Hirschfeld, Avivit Hai, Gary Susman, *Learning from South Africa. Lessons to the Israeli-Palestinian Case*, Friedrich Ebert Stiftung and Economic Cooperation Foundation, Israel, 2003.

(22) Por ejemplo, Avivit Hai explica, sin demostrarlo, que la democracia israelí ocupa el territorio pero que “no es una situación de *Apartheid*”. En “Breaking the deadlock”, en *Learning from South Africa*, p. 19.

(23) Ilan Pappé, *The ethnic cleansing of Palestine*, Oneworld Publications, Oxford, 2006, p.2-3.

(24) Pappé, p.251.

(25) Michel Waschavski, *À tombeau ouvert : la crise de la société israélienne*, La Fabrique, Paris, 2003.

(26) Pappé, p.253.

(27) Jerome Slater, “The need to know” (reseña del libro Tanya Reinhart, *The road map to nowhere*), *Tikkun*, enero 2007, p. 65. www.tikkun.org Esta revista publicó también una entrevista con Carter. “Current Thinking”, enero 2007.

vastos territorios de estos Estados, y sobre todo de Jerusalén Este, de Cisjordania y de la Franja de Gaza.

Durante la “guerra de desgaste” (1969-1970), convenció —desde Washington donde estaba de embajador— al gobierno israelí de efectuar *raids* aéreos masivos sobre las ciudades egipcias. Igualmente, en plena invasión del Líbano (1982) aconsejó al ministro de Defensa Ariel Sharon estrechar el cerco de Beirut y cortar la electricidad y el agua de la capital libanesa.

Cuando fue ministro de Defensa, dirigió la represión de la primera Intifada, llamada “de las piedras”, que comenzó a finales de 1987. Rabin dio al ejército israelí la orden de “romper los huesos” de los insurgentes con el fin de acabar con su rebelión. Al cabo de año y medio, esta política costó la vida a más de trescientos palestinos frente a seis israelíes, a los que se añadieron más de cinco mil doscientos heridos del lado árabe y mil trescientos del lado judío...

El hecho de que esta represión brutal no supusiera el fin de la rebelión llevó a algunos políticos y militares israelíes a una conclusión: la fuerza bruta no podía afisiar la voluntad palestina de recuperar los territorios ocupados tras la guerra de junio de 1967. De ahí su conversión a la tentativa de una solución negociada. Así debutaron, en sus orígenes discretamente, los portavoces de Oslo. La firma de los acuerdos del mismo nombre no era, a sus ojos, más que el primer paso; al finalizar el proceso, una paz duradera debía imponerse. Ésta no llegó nunca.

Al principio, Rabin dio pruebas de indecisión. Al pasar el tiempo, se radicalizó, comprometiéndose más francamente con la negociación. Y por ello amplias capas de la derecha nacionalista —a la cabeza los más extremistas de los colonos judíos, cuya presencia no cesaba de reforzarse en los territorios palestinos y sirios ocupados— se oponían cada vez más violentamente a los acuerdos de Oslo, llegando a representar en carteles al primer ministro en uniforme nazi... Paralelamente, elementos del Frente de Oposición Palestina y Árabe se lanzaron a sangrientos atentados dirigidos contra civiles israelíes.

Se piense lo que se piense sobre los acuerdos de Oslo, no es discutible que la intensificación de la colonización y los actos de los extremistas de los dos campos los minaron, hasta su fracaso fatal. Y que el asesinato de Rabin fue también el de Oslo. Los herederos de Rabin, concluye su biógrafo “no han tenido éxito en avanzar en su camino —o bien no lo han deseado. Algunos de ellos y algunos de los que habían apoyado los acuerdos de Oslo, presentan ahora a estos últimos como un fracaso total. Los consideran incluso como la principal desgracia de Israel. No hay duda sobre el hecho de que estos acuerdos eran problemáticos y el mismo Rabin era consciente de ello. Quizá hubiera sido posible firmar unos acuerdos mejores o quizá no. Pero se puede decir: si no hubiera sido asesinado, los acuerdos de Oslo hubieran tenido éxito”. ■

* Periodista, Tel Aviv.

(1) *Yitzhak Rabin, Biografía* (en hebreo), Schocken, Tel Aviv, 2006.